

## El alumno nuevo

Íñigo Ortiz Padilla

Frente a mi facultad hay un jardín donde los estudiantes se reúnen para almorzar. Junto al jardín, unos bancos de piedra delimitan el camino que conduce a mi clase.

Hace algún tiempo, camino de la primera lección de la mañana, observé que un joven de mi edad se sentaba en uno de los bancos. No era la primera vez que lo veía. El joven estaba pensativo, aunque, cuando pasé a su lado, me miró. Pero no digo bien; no me miraba... me escrutaba. Incómoda ante su gesto desvergonzado, aceleré mis pasos y entré en la facultad.

Me senté al lado de Inés. Nos conocíamos desde los años del instituto y, cuando nos reencontramos en la universidad, nuestra relación se estrechó hasta hacernos buenas amigas. Marta y Juan, sentados delante, se dieron la vuelta para hablar con nosotras.

—¿Sabéis quién es este chico rubio que está siempre en los bancos?— pregunté.

—No sé cómo se llama— contestó Marta—, pero creo que está en nuestro curso. Siempre está sentado y no habla con nadie.

—Yo nunca lo he visto en clase— intervino Inés—. Es un tío muy raro.

—¿Qué pasa, Lucía? ¿Quieres que te lo presente?

Juan intentaba ser gracioso cada vez que hablaba, pero casi nunca lo conseguía. En aquella ocasión, sus palabras me resultaron ofensivas. Inés, que debió de presenciar cómo mi cara se ponía roja, cambió el tema de la conversación.

—¿Habéis visto a David?

—Hoy no ha venido— respondió Marta—. Está de viaje, creo.

—Seguro que se ha ido con su compañero de piso. Se les veía muy unidos —dijo Juan juntando los dedos índice de ambas manos.

Pasados unos minutos, entró en clase un profesor al que no conocíamos. Anunció a los alumnos allí presentes que la profesora se había ausentado y que, por tanto, no habría clase de la asignatura que debía impartirnos.

El profesor de la última asignatura de la mañana tampoco acudió. Mis amigos se marcharon a comer al centro, pero yo me quedé en la biblioteca para estudiar. Mi prioridad eran los estudios; por aquellos días, notaba una inusual facilidad para concentrarme y quería sacarle partido.

Terminada la tarea que me había propuesto, salí de la facultad y me senté en unas escaleras que dan al jardín para ordenar mi mochila. El chico raro seguía sentado en el mismo banco; en cuanto reparó en mi presencia, se levantó y vino hacia mí.

—Buenas tardes.

Observé que sus ojos eran de un azul muy claro. No era guapo, pero tenía el rostro afilado y los pómulos altos, lo que le confería una apariencia un tanto misteriosa, casi inquietante.

—Hola.

—Si no me equivoco, te llamas Lucía. Tengo entendido que eres buena estudiante.

No dije nada; quería ser actriz y a la vez espectadora de lo que me sucedía.

—Por si no lo sabes, estamos en el mismo curso. Verás... hay una cosa de una asignatura que no logro entender. No sé, a lo mejor puedes ayudarme.

Me ofrecí cortésmente a hacerlo.

La conversación se desvió enseguida hacia otros asuntos. El joven se llamaba Jean. Su padre era alemán y su madre, francesa. Esta circunstancia familiar me pareció sumamente interesante, ya que mis padres nacieron en el mismo pueblo. Después de hablar con él concluí que Jean era, desde luego, una persona singular, pero no me cayó antipático.

Mi amiga Inés y yo nos sentábamos siempre juntas. Desde nuestro sitio veíamos todo: cada día que pasaba, el número de alumnos en clase disminuía. Juan y Marta dejaron de venir. Intentamos localizarlos, pero nadie conocía su paradero y cuando les llamábamos al móvil no contestaban.

Una tarde después de clase, me ocurrió algo turbador. En el portal de un edificio encontré, acurrucado entre cartones y vestido con harapos, a mi amigo David, a quien no había visto desde que se marchara de viaje.

—¿Qué haces aquí?— le pregunté.

—Dios mío, Lucía... no me mires. Vete de aquí. Es peligroso que te vean conmigo.

Insistí en hablar con él, pero me interrumpió.

—El chico rubio; es toda culpa suya. Me engañó—. David me miró, horrorizado—. No te acerques a él. ¿Me oyes? ¡No te acerques!

Dicho esto, salió corriendo de allí, olvidando lo que tenía entre los cartones.

Al cabo de unos días, mi amiga Inés desapareció sin dejar rastro.

A pesar de la angustia que me provocaron tantas ausencias inexplicables, acudía a clase sin faltar una sola vez. Mis notas eran sobresalientes y estudiar el temario de las asignaturas

apenas me costaba esfuerzo; es más, aprovechaba el tiempo sobrante para profundizar en ámbitos de mi interés.

En cualquier caso, era desolador contemplar el aula casi vacía; sólo el profesor, un alumno de cincuenta años, Jean y yo rellenábamos ese vacío.

Hablaba con Jean en los descansos. Su conversación me parecía subyugante; mis intereses personales, mis aficiones y todos los libros que yo quería leer eran para Jean tan sólo una pequeña rama de su vasto conocimiento. Escuchándolo, yo deseaba poder expresarme con la misma solvencia y atesorar tantos saberes como él poseía.

Una tarde, de regreso a casa, di por casualidad con el portal donde había encontrado a David transformado en indigente. Los cartones que le servían de refugio habían desaparecido. Esperé a que un vecino apareciese para preguntarle; el vecino me dijo que aquella era una comunidad decente y nunca había habido mendigo alguno.

Llegué entonces a una descorazonadora conclusión: las desapariciones estaban, de algún modo incierto, relacionadas con Jean. ¿En qué lugar me colocaba esta reflexión? ¿Por qué Jean se mostraba tan amigable conmigo? Debía preguntárselo para conocer la verdad sobre el asunto.

Me dirigí a mi casa, donde apenas pude dormir en toda la noche.

Cuando, a la mañana siguiente, llegué al campus de la universidad, quedé inmóvil ante el panorama. Si bien en los días precedentes pocas eran las personas que transitaban por el campus, aquella mañana no había nadie: la universidad estaba vacía. Sólo una figura humana se divisaba: era Jean, que me esperaba sentado en un banco de piedra. Me acerqué a él.

—Buenos días, Lucía. Ha sido un placer hablar contigo estos últimos días. Lo has hecho muy bien.

—¿Qué he hecho bien?— pregunté—. ¿Qué ha pasado con mis amigos?

Jean se marchó sin responderme. Otra persona apareció a lo lejos; cuando se cruzó con Jean, intercambió con él unas palabras. Pensé que quizá debía temer por mi vida; sin embargo, estaba emocionada y expectante. La persona desconocida vino hacia mí. Era una mujer esbelta. Tenía el pelo blanco, pero no había en ella signo alguno de vejez.

—Hola, Lucía— dijo—. Me alegra conocerte al fin.

—Quiero hablar con Jean.

—Jean tiene que descansar de su labor. Volverás a verle y hablarás con él cuando sea el momento oportuno.

—¿Quién es usted?

—Soy tu profesora.

Callé unos segundos.

—¿Qué va a enseñarme?

La mujer sonrió.

—Todo. Absolutamente todo.

Entendí lo que me decía. Imaginé todas las facultades de la universidad; imaginé los pasillos vacíos y las aulas sin alumnos; imaginé las bibliotecas sin estudiantes y las estanterías repletas de libros. Sentí que todo aquello me pertenecía. Sentí que no tenía límites.